

BOCETOS FEMENINOS

Acuarelistas de pincel menor

Glorifiquemos la acuarela, pintura a base de agua, que puede por consiguiente ser aclarada y oscurecida a capricho sin mayores molestias; pintura inestable, femenina y discreta; primera puerta abierta a las tentaciones artísticas de una rubiecita de quince años que sueña con colorear ella misma el apretado ramo de no-meolvides que en el centro de una blanca cartulina se ha estacionado tieso y solemne, estrangulado casi por un lazo simétrico, el cual, en inocente color rosa, completará más tarde la trabajosa obra de arte, donde una mano femenina, con muy buena letra,— con letra especial para cumpleaños de padrino rico—pondrá la gentil dedicatoria de circunstancia.

Glorifiquemos, sí, a la acuarela, que ha producido ella sola más palomitas mensajeras que todos los avicultores del mundo; palomitas aquellas de dorado pico, portadoras de un diminuto sobre, activante no terapéutico de sístoles y diástoles; recordadora, con su lejano mensaje, de los discretos—¡oh!, muy discretos—versos contenidos en un breviario rimado del amor en postales.

¡Oh, acuarela! ¡Accesible acuarela! Cómplice fácil de bautizos, onomásticos, felicitaciones, navidades, amorfios, flirteos, noviazgos y casamientos!... ¿Quién habría de decirte que tu dulce reinado casero, que tu buen reinado romántico se vería oscurecido un día por la actividad industrial, y que los sueños de tus lindas cultoras se transformarían en oro contante y sonante entre las cuatro simétricas paredes de un estrecho taller?...

Porque ya viven de tus azules lánguidos, de tus amarillos de otoño, de tus verdes perezosos, una buena porción de chicas portefías, que apremiadas por los alquileres en aumento, las telas caras y el mercado arisco, se resolvieron a dirigirse a la dirección puesta al pie del aviso, que rezaba:

«Señoritas jóvenes, que tengan gusto por la acuarela, se precisan, por horas».

Y ya en el taller, tus apremiadas mercantilizadoras que perciben por hora la inefable cantidad de veinticinco centavos, entraron en la formación industrial, se «especializaron» convenientemente y durante ocho horas al día hicieron desfilas por sus ananos postales, abanicos, affiches, marcadores de libros, pantallas, cajitas, telas recortadas, etc...

Tal vez, veleidosa pintura al agua, tu reinado industrial cierto día en que me di a buscar muchachas trabajadoras por la gran capital.

Y de mi visita a uno de tus talleres no creas que conserve mal recuerdo; al contrario: dulces ojos agradecieron mi presencia como un descanso, rosadas bocas me sonrieron y algunas especialistas me informaron detalladamente cómo se gana con un escuálido pincel veinticinco centavos por hora.

Especialista en cielos

Hablé con una especialista en cielos, en cielos de abanicos, que es el sùmmum de los cielos para una niña pàlida que no haya franqueado los veinte años.

Discretamente, humildemente, me expuso ella las maravillas de su técnica:

—Yo hago los cielos de una sola pincelada; así,—me informó—mientras el ágil pincel se corría sobre la tela con real elegancia.

—¡Ah, bella acuarelista!—me permití decirle:—en ello os parecéis a Jehová... El los hizo de una palabra; vos los hacéis de una pincelada... Pequeñas diferencias.

Pero la trabajadora niña no quiso hacerme ya el honor de otra explicación y deslizó abanico tras abanico bajo la pincelada creadora que los dotaba de cielo para toda la temporada...

Al cabo de un rato me permití interrogarla:—¿Y dejáis el cielo limpio, así, sin una ave, sin una estrella?

—Hay otra compañera—me indicó—especialista en golondrinas.

¿Especialista en golondrinas? ¡Ah! Era indudable que dentro del taller



se hallaba la primavera misma! Y girando sobre mis talones, guiado por mi solo palpito, enfilé hacia una singular cabeza rubia que parecía tomada del corazón mismo de un maduro trigal.

La niña del odio

Pero las apariencias engañan; la rubia aquella sólo estaba destinada a los amarillos.

Sobre su mesa de trabajo, el fatídico color del odio se extendía en toda su gama, y con febril actividad vi que su mana trazaba rayas pinceladas de un rabioso amarillo sobre la escuálida corbata de un dandy de affiche.

—Señorita—pregunté tímidamente—disculpádmí intromisión... Pero... el oficio... ¿Habéis amado mucho?

—¿....?

—¿Habéis amado mucho que así os han destinado al odio permanente y sin remedio?

Y como la muchacha me dirigiera una mirada industrial, de puro y definido carácter industrial, juzgué oportuno no mezclar su especializada acuarela a mis sugerencias románticas y me resolví a buscar en otra parte del taller la feliz primavera creadora de golondrinas, que se ocultaba humildemente bajo un feo delantal gris.

En pleno Japón

Y buscándola activamente, entre frases amables, fui a caer, sin más trámites y de improviso, en un apartado recoveco del taller, en pleno Japón.

¡Oh, poético país de la exótica flora, de las livianas sombrillas, de los grandes peinados, de los bigotes escasos, de los verdes arrozales, de las

tazas labradas y las sedas crujientes! tes!

Difícil te sería suponer que en el otro extremo del mundo, en una punta de tierra que tiene discretos amores con el polo Sur, apresuradas manos de mujer habrían de reducir tus graves problemas de pueblo contenido a cuatro rayas: una para el horizonte, dos para un arroyo, otra para un puente, y que con tres golpes de pincel se dieran un súbdito más, un súbdito diminuto como un grano de arroz...

Conclusiones serias

En Buenos Aires, una buena porción de jovencitas, contribuyen a sostener sus hogares ganando con sus fáciles tareas de pintura a la acuarela alrededor de dos pesos por día.

Este trabajo no suele ser permanente. Varía según las modas y las estaciones.

Contratadas por horas o por día cuando su trabajo escasea, quedan en sus hogares hasta que son llamadas por nuevo aviso.

La remuneración exigua que reciben se explica, porque generalmente no pertenecen a las clases más necesitadas, y no considerándose poseedoras ni de un arte ni de un oficio, toman esta tarea a la espera de algo mejor.

Son generalmente chicas de 16 a 19 años, muy monas. Y este dato gratuito, conste, es solamente para muchachos serios, casaderos, que quieran tomarlo pesadamente en cuenta y librar a tan afanosas criaturas de la acuarela especializada.

TAO-LAO.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar